



EL PERFIL humano y literario de Domingo Melfi emerge entero de los recuerdos, pleno de las virtudes que configuraron su personalidad. A través de los años de tan larga y definitiva ausencia, su imagen intelectual y moral se perfila nítidamente, acentuadas las excelencias de su índole. Su expresión era limpia y serena y en sus actos se conducía con la mesura del que sabe mantenerse alejado de toda exageración.

Melfi hablaba poco. Sonreía con bondad, recatadamente. No era fácil conocerlo. Sus silencios, sus modales suaves, su mirada velada por apacible tristeza, el rictus de sus labios ligeramente desdenosos, daban a su persona un aire de ausencia, de estar en una realidad distante a la inmediata nuestra. Prefería oír y mirar antes que mezclarse en la charla bulle y trivial. Pudo tomarse por un tímido, que rehuía las actitudes efusivas y estridentes. Quienes lo conocieron en forma superficial podrían creerlo un temperamento frío, sin pasiones fuertes ni menos rebeldías sociales. Bastaba adentrar un poco en su intimidad para saber de sus estados emotivos arremansados en las profundidades de los sentimientos. Demostración de ello es su prosa en la cual, tras el equilibrio de la textura, se oculta el dolor por el drama de los humildes y desamparados. Asimismo su voz enronquece, sin perder el tono señorial, frente a la decadencia moral de la sociedad y a la mentecatez de los políticos. Su palabra cobra, entonces, acentos admonitorios, apocalípticos, como si se aproximasen hechos tremendos. Pero también se ilumina de optimismo cuando percibe el canto ilusionado de la juventud.

Aun cuando no fue abundante el número de libros que dejó, su que-

ción, capaz de crear y de convertir en amor lo que en la apariencia no es sino vastedad misteriosa." Luego agrega: "En el crítico existen en potencia los resortes de la intuición y de la adivinación. Una obra está animada por un mundo propio que el crítico pone de relieve, al descubrir la misteriosa estructuración de su interna forma vital."

En el párrafo transcrito se pueden distinguir tres conceptos fundamentales sobre las condiciones del crítico y la función que le corresponde. Se refiere el primero a la relación existente entre el lector y la obra y a que es papel del crítico abrir entre ambos "una vía de comprensión, una arteria cálida de luminosa simpatía". Si el crítico no tiene esta voluntad de comprensión y simpatía como previa a todo juicio, se corre el riesgo de que derive a la aplicación de añeja retórica, a que sólo se detenga en defectos gramaticales, en los errores lexicográficos, y no repare en los elementos estéticos, que son los que provocan la emoción en el lector, o en los valores humanos, que despiertan el interés de quienes leen tras el encuentro de un mundo desconocido o reciben nueva luz en el aposento reducido de su mundo íntimo.

La frase de Melfi "hace falta un corazón dispuesto al goce" reafirma el concepto anterior de la voluntad de comprensión y simpatía, de que el ánimo de todo lector de obras literarias es enriquecer su sensibilidad, participar de la vibración de belleza que el libro le proporciona. Quien carezca de ese "corazón dispuesto al goce", más vale que no lea literatura de calidad. El tercer concepto, el de mayor trascendencia, establece que los resortes que impulsan al crítico son "la intuición y la adivinación". Casi resulta obvio glosarlo. Indudablemente el primer impacto que recibimos

## Perfil Humano de Domingo Melfi

hacer literario fue intenso y de gran significación. Desperdigados en diarios y revistas quedan numerosos estudios suyos, escritos desde la adolescencia, cuando un imperativo vocacional lo hizo dedicarse sin tregua a las letras. Si bien fue periodista y ocupó el cargo de director del diario "La Nación", no actuó como noticiero de lo cotidiano ni se afanó por situaciones efímeras.

Desde la ciudad provinciana de su residencia permanente, impuso en los círculos de Santiago a Julián Sorel, y acaso no pocos conocieron este nombre con que se encubría un joven escritor chileno antes que a través de la inmortal novela de Stendhal. En nuestros años de juventud leíamos deleitosamente a este Julián Sorel talquino. Nos parecía encontrar en su prosa cierta similitud con la de Rodó, por los períodos redondeados con tendencia a la unción oratoria. Junto con abandonar el seudónimo de Julián Sorel, nos pareció advertir en el estilo de Melfi mayor agilidad, movimiento, precisión, a fin de encuadrarlo con la dinámica de los asuntos sociales y morales que tanto lo inquietaron y que constituyen como un leit-motiv de sus artículos y ensayos.

Trataremos de determinar, en medio de los variados caminos de que se vale la crítica, el que Melfi recorrió, sin salirse de aquella constante de dignidad y cortesía que orientó su vida. La semblanza, en rasgos sucintos, que de él hemos trazado nos da, en cierta medida, la clave de la tónica de sus críticas. Recordemos su conducta dispuesta a la comprensión, a la complacencia, a estimular a los jóvenes; y sí a ello unimos su idealismo de vagaroso sentido romántico, su fervor por los viejos lemas, tan desfeñados, de la Revolución francesa, que compaginaba con los anhelos por el advenimiento de una sociedad edénica, sin odios, pobreza y amarguras, bien podemos deducir que las críticas tuyas tenían las características esenciales de su idiosincrasia.

El mismo se encargó, en más de una ocasión, de exponer su teoría sobre la crítica y que corresponde justamente a la forma como la ejerció. "El crítico —escribió Melfi— abre entre el autor y el lector y entre éste y la obra una vía de comprensión, una arteria cálida de luminosa simpatía. Para entrar en los dominios secretos de la naturaleza hace falta un corazón dispuesto al goce, un espíritu embargado en el deleite de la estima-

al iniciar una lectura nos llega por el camino de la intuición, esa actitud de la inteligencia de conocer directamente algo sin que intervengan la razón ni el pensamiento discursivo como por una súbita iluminación de la conciencia. Agrega Melfi la palabra "adivinación", que, en verdad, es la forma corriente de limitar lo que se entiende por intuición.

Comprensión, simpatía, intuición. He ahí tres resortes que impulsaron la función crítica de Melfi y que, a la postre, resultó tan estimulante a los escritores y tan comprensiva de nuestra literatura inspirada en seres y hechos de nuestro medio geográfico y social.

Si consideráramos los nuevos métodos usados en la crítica de nuestros días, que pretende ser cada vez más analítica y científica, tendríamos que reconocer que nuestro autor se quedó en el punto de partida, que se desemboca en la crítica impresionista, fundamental en muchos sentidos y de gran respetabilidad en quienes la practican sin otra intención que mostrar sus propias reacciones frente al libro leído, prescindiendo de arbitrariedades, personalismos o caprichos. Pero el estudio completo y profundo de una obra exige adentrarse en la esencia humana de ella, descubrir las peculiaridades del estilo, situarla en una categoría valedera en el proceso artístico universal y eterno. Muchos son los instrumentos que se señalan para lograr tan amplia finalidad: el método histórico-biográfico, la estilística, los aportes de la caracterología, el método sociológico, el método formalista, etc.

La actitud de Melfi, de comprensión y benevolencia, es muy explicable, porque para él la crítica en Chile debe estar determinada por nuestra realidad cultural. Sabía que en un pueblo joven, cuya literatura tiene los defectos propios a su mocedad, es necesario infundir en el escritor, sobre todo si se inicia en las letras, valor, alegría, entusiasmo, a fin de que perseverare en ellas y ha de evitarse, por tanto, zaherirlo, condenarlo implacablemente. Juzgaba Melfi en simpatía. Le interesaba avivar, vigorizar el fuego que arde en las entrañas del artista verdadero, potenciar sus facultades creadoras y, al mismo tiempo, ayudar al lector en su búsqueda de emociones, de ideas, de belleza.

Advertimos en sus trabajos que pasaba muchas veces por alto los ingredientes puramente estéticos para valorar aquellos de mayor densidad humana y proyección social. Podría hoy considerársele como un adicto a



lo que se ha llamado literatura "comprometida". Mas no fue Melfi ningún incondicional de partidos o credos políticos en los que el sectarismo limita la comprensión y recorta las perspectivas. Fue un moralista, un soñador inquietado por el destino de una nueva sociedad más justa que ésta en que vivimos; pero, por sobre todo, era un poeta, un alma sensible. Nada mejor para ejemplificar este aserto que remitirse a sus descripciones. Se estrechaba Melfi ante las bellezas de la naturaleza, sucediéndose las imágenes en su prosa enriquecida de efusión lírica. Así, en "Magallanes, sus Hombres y su Tierra", sin duda el de mayor jerarquía artística. También en "El Viaje Literario", en el cual vemos al escritor captar intuitivamente a través de sus viajes por libros antiguos, aquellos hechos empolvados por el tiempo y a los cuales él sacude la capa de olvido que los cubre. Tampoco podemos olvidar su última obra, "Tiempos de Tormenta", pues en ella se percibe ese tenue velo de melancolía que conlleva todo poeta y reflejado, en este caso, en el acento nostálgico al contemplar cómo sucumben edificios magníficos para reemplazarlos por otros adaptados a los nuevos tiempos, como si en el subconsciente una voz inaudible le dijera que se aproximaba también para él el derrumbe inevitable.

A pesar de que Domingo Melfi había nacido en Italia y era sangre de allí la que circulaba por sus venas, pocos críticos chilenos han sido tan generosos y estimulantes como él para enjuiciar nuestras creaciones de prosapia castiza, vale decir, nacional, casta por estar incontaminada de imitaciones caricaturescas. Como un magisterio sin término, la vida y la obra de Domingo Melfi han de permanecer vigentes en la gratitud y en el ejemplo.